

# Espacio **INABORDABLE**

## **SILVIA PRATT**

Siempre le dieron miedo los trenes. Patricia conocía el porqué de ese temor y, aunque trataba de superarlo, éste se hacía cada vez más patente cuando llegaba el momento de viajar en uno de ellos. Caminó por el andén en compañía de Claudine; ambas llegaron al vagón correspondiente y subieron la pesada maleta, luego la colocaron en el portaequipajes. Tenían unos cuantos minutos para despedirse. Como quien no quiere alejarse, alargaban las palabras y estiraban los minutos; se dieron un abrazo y Patricia comentó en voz baja: “las despedidas son el lugar común más deprimente, ¿no crees?” Claudine esbozó una lánguida sonrisa y después bajó con prisa del tren. Patricia se acercó a una ventanilla para ver cómo se alejaba su amiga; en ese momento, el convoy empezó a avanzar lentamente, a internarse en el serpenteo de la noche. Tomó su lugar y acomodó en el asiento contiguo su bolsa de mano y algunos paquetes.

Había muy pocos pasajeros, así que se sentía a sus anchas y con cierta libertad. Respiró hondo y pegó la frente al vidrio para refrescarse; sentía que las sienas le estallaban por tantas emociones. Alguna lágrima indiscreta se deslizaba por su mejilla sin que se diera cuenta. “Debo calmarme”, musitó. Tomó una bolsa de chocolates y la abrió; en algún lugar había leído que el chocolate es el mejor aliado cuando uno está triste,

deprimido o atemorizado. Empezó a degustarlos despacio al tiempo que se extraviaba en sinuosas especulaciones. El trayecto sería muy largo y cansado. De Lausana llegaría a Ginebra para recoger unos catálogos y dos días más tarde tomaría el avión de regreso a México.

Por supuesto que no fue una simple despedida, pensó. “Claudine ha sido para mí una insustituible amiga y pasarán muchos inviernos antes de que vuelva a verla, tal vez nunca la veré de nuevo. Recuerdo que cuando llegué a estudiar a Suiza un curso sobre historia del arte, me brindó un gran apoyo. Creí que no llegaríamos a identificarnos. Paulatinamente descubrí que teníamos mucho en común a pesar de nuestra distinta nacionalidad, religión e idioma diferentes, otras costumbres; no cabe duda que al ser humano lo asedian siempre los mismos enigmas. Me sentía sola en un país extraño; lo único que me llevó a tomar la decisión de alejarme del mío por diez meses fue el deseo de perfeccionar mis estudios y enfrentar ese reto. Siempre he sido intrépida y me seduce el rostro imperceptible de lo desconocido, aunque nunca tuve una gran pasión por los viajes; hice algunos de placer o trabajo, pero nunca tan prolongados”.

Patricia prefería viajar por carretera o en avión, y las pocas veces que lo hizo en tren fue porque no tuvo más remedio, le causaba una mezcla de miedo y aversión. Esto se gestó en la infancia, porque vivía en una casa que estaba situada a unas cuantas calles de donde pasa-

ban las vías; casi todas las noches despertaba con un sobresalto por el sonido del silbato, el cual, unido a las pesadillas y a la oscuridad, se había convertido en una artera obsesión. Nunca se logró acostumbrar a él y, si bien refundía la cabeza entre las almohadas, alcanzaba a percibir el silbido y la tristeza que de él emanaba se adhería a su piel como una masa pegajosa difícil de arrancar; eran las notas más melancólicas jamás escuchadas, una especie de sombríos vaticinios, de presagios terribles. En las madrugadas, lloraba enmudecida para no despertar a nadie, pero el afilado eco seguía reverberando en su interior como una resquebrajadura acechante.

Afuera, el campo apenas se distinguía; unas cuantas luces se vislumbraban a lo lejos. El vaho acosaba los cristales empañándolos y Patricia dibujaba círculos con el dedo una y otra vez, ininterrumpidamente. En cualquier otro momento, la pesadez de la noche sin luna y el crujido desgarrador de las ruedas retumbando sobre los rieles o la sibilante estela la habrían paralizado. El pánico la habría envuelto como una erizada burbuja. Sin embargo, esta vez no podía permitirlo; había algo mucho más importante que hacer, encontrar un destello que alentara su futuro, que la sacara de esa turbulencia en la que se encontraba. “Los círculos se cierran y se abren: así es la vida”, repetía. “Ahora me encuentro en una dimensión transitoria; ya no

me concibo en Suiza, pero tampoco me visualizo en México. Quizás este lugar efímeramente móvil sirva para que mi cuerpo y mis emociones se vayan asentando de manera gradual”.

Para Patricia, el trayecto por cualquier medio de transporte era estar en un territorio sin raíces, en un espacio atemporal, en una región amenazante. Ella seguía enclavada en su asiento; de cuando en cuando, algún pasajero deambulaba por el pasillo y sus ojos seguían aquella sombra para luego recorrer el interior del vagón. Todo le parecía ajeno, salvo su maleta. Físicamente se encontraba dentro del tren, pero su mente estaba escindida entre la hospitalaria ciudad suiza que la albergó durante meses y su ciudad natal, en la que reanudaría sus actividades rutinarias. Esta

dualidad le creaba conflicto porque desde el momento en que supo que se impartiría un curso tan interesante en Lausana, concibió innumerables expectativas. Le parecía algo imposible de lograr, ya que tendría que ausentarse por mucho tiempo, solicitar una licencia en su trabajo y postergar un proyecto de investigación sobre el arte maya. Luego de muchos tropiezos, todo se resolvió a su favor: una tía se hizo cargo de su casa y encontró a alguien que la sustituyera en el museo. Durante más de un mes no habló de otra cosa sino del viaje y lo que representaría en su profesión. Era evidente que necesitaba un cambio



Ángel Mauro

radical y esa especie de tregua, de paréntesis, le inyectaría el vigor que le hacía falta: “Un cambio es como un buen fertilizante”, murmuraba para darse valor. Con hostilidad los días se empecinaban en carcomer su aparente armonía: debía sacar el pasaporte, explicar sus funciones a la suplente, preparar la ropa adecuada, contar con los libros necesarios. El curso y el viaje se convirtieron en el sentido de su existencia: “creo que me olvidé de los demás, incluso de mí”, llegó a reclamarse.

Después de dos meses de haberse instalado en Suiza, empezó a llenarse de nostalgia por las cosas que abandonó en México: horas de soledad, de mutismo, se metamorfoseaban en fantasmas purulentos. En esa etapa, Claudine fue un gran apoyo. Patricia veía muy lejano el final de su estancia y sólo ahora, al perder a su gran amiga y dejar su acogedor albergue suizo, se percataba de que la tregua había terminado y de que tendría que enfrentar su cotidianidad, lo cual le generaba la punzante comezón de la zozobra.

Las pocas personas que viajaban en el tren dormían. Patricia miró por la ventanilla hacia el cielo tratando de encontrar alguna estrella. De pronto, advirtió que no le había dado cuerda a su reloj. No tenía idea de la hora, ni del sitio exacto donde se encontraba; lo único cierto era que en menos de tres días llegaría a su país. En ese instante, su presente era pasajero, un pasajero en el tren tal como lo era ella. Se sentía extraña, sabía que traspasaba los lindes de aquellos registros temporales a gran velocidad y recorría espacios inabordables e inmarcesibles en el moderno tren. Tenía una sensación desconocida, palpaba en su piel lo precario de las cosas. Pero no debía distraerse con nada, no podía romper el engranaje que la conduciría a su realidad. No podía perderse en la oquedad del paisaje que contemplaba afuera, en la lóbrega umbría, tampoco en la vacuidad de su rutina de antaño. Todo habría de tomar otro cariz.

Un relámpago bastó para que de golpe vislumbrara imágenes del pasado, escenas de la adolescencia, la

infancia tormentosa ligada siempre al transitar del tren, a las noches de ateridos insomnios pasmados de temor. El espanto comenzó a adueñarse de sus extremidades; la angustia, esa bestia que reposaba en su pecho, despertó de manera intempestiva provocando que su respiración se tornara cada vez más difícil. Advirtió que el tren disminuía la velocidad hasta detenerse. No escuchó el nombre del lugar; se asomó por la ventanilla y vio luces, algunas personas con linternas como destellantes ojos de murciélagos. Un hombre subió al vagón para revisar los boletos y, al llegar a su asiento, la observó con insistencia y le preguntó si se sentía bien. Debo tener la cara desencajada y profundas ojeras, pensó Patricia, porque este hombre hizo un gesto como si yo estuviera moribunda. “Quizás sólo sea el cansancio, el desgaste del viaje, susurró, jadeante, soslayando su malestar”.

Se incorporó para ir al baño a refrescarse el rostro; además se miraría en el espejo y se convencería de que el hombre había exagerado. Caminó unos pasos y cayó violentamente en un asiento cercano a causa de la abrupta puesta en marcha de la máquina. El roce ríspido de las ruedas con el metal la perturbó; el restregar de los vagones penetraba con agudeza de espina los oídos; una sensación de colibrí devastado en pleno vuelo se apoderó de ella. El vacío era cada vez más intenso; las agujas líquidas de la lluvia herían con saña los cristales y pretendían perforar el techo. Patricia sintió que el miedo constreñía su corazón. Como en sueños, alcanzó a percibir el silbato cada vez con mayor intensidad emulando una serie de latidos desbordantes. Se observó aterida en esa zona vacua, evanescente, como pulsar distante. A la distancia, las luces de la estación titilaban con pesar. La zarandeó la negrura. Intentó asirse del asiento, pero fue imposible. “Tengo que llegar a mi destino”, balbuceó en su mente, mientras el silbatazo del tren sucumbía en la penumbra. 🐞